

Á LA MÁS SANTA DE LAS SÁBIAS

Y LA MÁS SÁBIA DE LAS SANTAS,

SANTA TERESA DE JESUS,

PATRONA DE LAS ESPAÑAS,

DOCTORA MÍSTICA DE LA IGLESIA,

milagro de su sexo, nueva Débora,

SERAFIN DEL CARMELO,

CONSAGRAN

CON EL PRESENTE NÚMERO

rogando por el triunfo de la Iglesia,

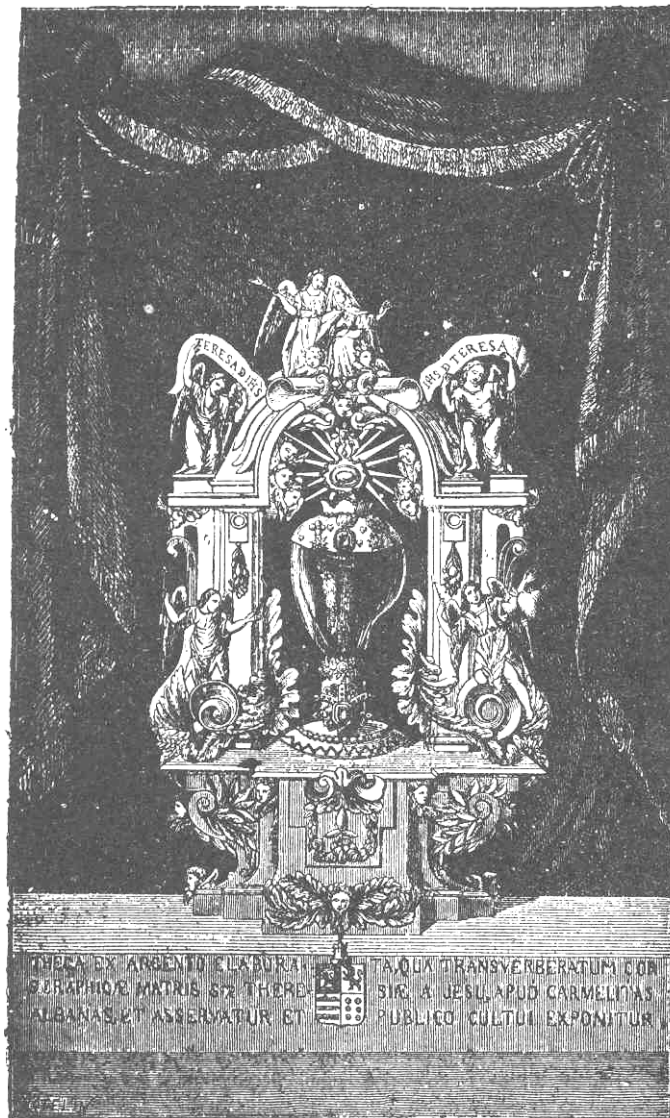
LA LIBERTAD DE NUESTRO AMANTÍSIMO PADRE LEON XIII,

LA PAZ DEL MUNDO

Y LA PROSPERIDAD DE NUESTRA ESPAÑA

TODO EL AMOR DE SUS CORAZONES

El Director y Redactores.



THECA EX ARGENTO ELABORATA
SERRAPHICAE MATRIS S. THERESAE
ALBANAE, ET ASSERVATUR ET



TA, QUAE TRANSVERBERATUM CON-
SISTIT, A JESU, APUD CARMELITAS,
PUBLICO CULTUI EXPONITUR.

SÚPLICA DE ESPAÑA
A SU MÁS ESCLARECIDA HIJA
EN EL DÍA DE SU FIESTA

Mira con amorosos y piadosos ojos, Virgen avilesa, gloria la más preclara de este suelo, a tu madre España, y contéplala colocada al borde del abismo, donde la han conducido el error y el vicio.

Visítala con tu misericordia, pues eres todopoderosa con tus súplicas, y tienes promesa de Cristo empeñada de no negarte cosa que le pidas. Pide a tu Esposo Jesús misericordia y perdón por tu España, que se ha olvidado de sus tradiciones, de su fe, de la religión de sus padres. Hoy es todavía tiempo... mañana... ¡oh! Mañana será tal vez tarde para recibir la visita de la misericordia del cielo, porque España no será España... no existirá.

Tú, que eres gran Santa y tienes hermoso y piadoso corazón, compadécete de España que te aclama por su más esclarecida hija. Es tu patria... aquí te santificaste... aquí mereciste la corona de la gloria... aquí descansan tu cuerpo y tu corazón... y tienes fijos en ellos tus ojos. Ojos hermosos..., ojos piadosos... ,ojos misericordiosos de Teresa de Jesús, apiadaos de España; contempladla, que sus grandes miserias os moverán a compasión..., derramad sobre ella misericordia y perdón.

VOZ DE LA HEROINA ESPAÑOLA

¡Pobre España, patria mía! Quema lo que adoras y adora lo que has quemado, y serás feliz. Yo te ayudaré en esta empresa nobilísima, España, patria mía, óyeme. Hoy es tiempo de misericordia, mañana...¡ay! mañana... tal vez será tarde... Oye a una hija que verdaderamente te ama...Quema lo que adoras, adora lo que quemaste...óyeme.

VOZ DE LA ARCHICOFRADÍA TERESIANA

Tus hijas, en número de muchos millares, te felicitan en el día de tu fiesta y te piden derrames sobre todas y cada una de ellas el espíritu de oración, con el que lograremos ser cristianas de veras y renunciar a Satanás, sus pompas y obras. Son tus Hijas que viven rodeadas de miles de peligros en medio del mundo, te necesitan más que nadie tu ayuda y protección. Óyenos, Madre querida, desde el solio excelso de gloria donde estás exaltada; oye, Madre, a tus Hijas en el día de la alegría de tu corazón; óyenos.

VOZ DE LA SANTA CONQUISTADORA

He oído vuestras súplica. En el mundo tendréis grandes combates; pero tened confianza: yo he vencido al mundo. No dejéis cada día el cuarto de hora de oración; huid las ocasiones de pecar; sed modestas y honestas, y Jesús os dará el premio eterno de la gloria. No haya ninguna cobarde. ¡Viva Jesús! ¡Muera el pecado! He ahí vuestro grito de salvación, hijas mías.

VOZ DEL REBAÑITO DEL NIÑO JESÚS DE TERESA

Ninguna madre sabe ni puede negar a sus más tiernos hijos las gracias que le piden en el día de su cumpleaños. Ahí tienes, pues, postrado a tus pies, Madre querida, al *Rebañito* de tu amado Jesús, que te felicita por tu gloria y te pide... ya lo sabes, ser en todo semejante al Niño Jesús, para merecer oír un día de su boca: Yo soy el Niño Jesús del Rebañito, y el Rebañito es todo del Niño Jesús. Amén. Amén.

VOZ DE SANTA TERESA DE JESÚS, ZAGALA VIGILANTÍSIMA.

El que más amare será más amado del Niño dios. No dejes de amar, orar, obedecer, como el Niño Jesús, y seréis acariciados por Jesús eternamente. Bellos niños,

flores las más vistosas del jardín del Amado, guárdeos Él en vuestra inocencia y candor, creced en edad y sabiduría y gracia como crecía el Niño Jesús. Amén.

VOZ DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Todos los días clamamos a las puertas del Corazón de Jesús que nos haga las primeras en el mundo en conocerle y amarle y hacerle conocer y amar, oh Santa Madre nuestra. Al felicitarte de corazón tus queridas Hijas en tu fiesta, y darte gracias por las innumerables que les has dispensado y por todas las que les has de dispensar, te pedimos nos dispenses la gracia especial de ser otras Teresas de Jesús sobre la tierra, pues no tiene nuestro Rey y Capitán del amor, Cristo Jesús, hoy día, menos necesidad que cuando tu vivías, de almas de fuego que celen con sumo interés su mayor honra por todo el mundo, por el triple y fecundísimo apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. Así sea, santa Madre nuestra, a mayor gloria de Jesús y tuya, y para confusión del mundo. ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? Haz, pues, que no seamos nada mujeres, ni lo pareciéremos, sino varones fuertes que espanten a los hombres por su obras de celo por la mayor gloria de Dios como tu deseas y nos exiges. ¡Santa Teresa de Jesús, nueva Débora de la gracia, óyenos, aliéntanos dirígenos, protégenos, sálvanos!

VOZ DE SANTA TERESA DE JESÚS, NUEVA DÉBORA.

He oído de vuestros deseos santos, que son los míos. Tened confianza, que no os ha de faltar mi protección y la de nuestro Capitán Cristo Jesús. Si dios está con vosotras, ¿quién contra vosotras? Trabajad por ser regla viva en todas las cosas, y nada os turbe, venceréis. Todo por Jesús y su Teresa, y siempre adelante, venga lo que venga, nada os espante. Tened en mí confianza: venceréis.

VOZ DE LOS HIJOS DEL CARMELO.

Miles de gracias, oh gloriosa Madre nuestra, Reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, porque cada día en todo el mundo, y especialmente en nuestra patria, se ven multiplicarse los pimpollos lozanos que han de tornar la vida y la virilidad al mustio y decaído Carmelo por la malicia de los tiempos. ¡Oh gloriosa Santa nuestra! Que todos tus Hijos e Hijas sean cada día con mayor perfección regla viva, cual tu nos dejaste escrita y practicada, para embalsamar el mundo con el perfume de las flores celestiales del Carmelo. Amén.

VOZ DE LA SANTA REFORMADORA

Soy vuestra Madre y modelo. Seguidme, y nunca erraréis. Os llevo escritos en la palma de mis manos, en las telas de mi corazón. Creced y multiplicaos, y conozca el mundo que aún hay almas escogidas que tratan de seguir con toda perfección los consejos evangélicos. Yo os protegeré.

VOZ DE LOS MISIONEROS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Óyenos, Santa Madre, abogada de imposibles, y concédenos que nuestros deseos sean pronto obras a la mayor gloria de Jesús y tuya. Y pues Madre y protectora nuestra eres, y como tal te aclamamos, baste para contigo el ver nuestros deseos. Miranos con compasión, no nos dejes Madre nuestra.

VOZ DE LA CELADORA DE LA HONRA DE CRISTO JESÚS

Vuestros deseos serán obras. Dios no falta en las cosas necesarias. En silencio, oración y esperanza está vuestra fortaleza. Si pudieseis leer en el libro del porvenir, ¿cuánto se regocijaría vuestro corazón? Tened confianza, soy vuestra Madre y protectora, yo os ayudaré siempre. Esperad, y veréis cosas grandes.

VOZ DE LOS HERMANOS JOSEFINOS.

Somos hijos tuyos, y pedimos nos ampare en nuestra infancia. Nunca los hijos están más necesitados del cuidado y solicitud de la madre que cuando son pequeños. Somos pequeñuelos, tiernos en virtud; protégenos con nuestro Padre común y Señor san José, y nada temeremos. Amén.

VOZ DE SANTA TERESA, BENJAMÍN DE SAN JOSÉ.

Yo seré vuestra protectora siempre. Venid a mí, y nada temáis.

VOZ DE LOS DEVOTOS DE LA SANTA ESPARCIDOS POR TODO EL MUNDO.

Eres poderosa, sin igual, oh gran Santa, en subyugar suavemente voluntades y atraer a ti corazones. Tus gracias, tu donaire y tu gallardía son proverbiales en todo el mundo. ¿Cómo no amarte si de tu belleza se mostró tan prendado El que te hizo, que aseguró que ano haber criado el cielo, por ti sola lo hubiese criado? ¿Qué quieres, pues, oh Santa de nuestro corazón? Pide, y todo te lo daremos, pues quien ha dado la voluntad, ya nada puede negar, y no sólo te la hemos dado, sino que nos la has robado con tus hechizos santos. ¡Bendita Santa de nuestro corazón! Haz que no haya un solo corazón que no te ame, especialmente en nuestra España. Haz que como Tu vivamos y muramos de amor de Dios. Esta gracia te piden para sí y para todo el mundo al felicitarte en el día de tu tránsito glorioso a aquella vida de arriba, que es la vida verdadera, tus hijos y devotos.

VOZ DE LA SANTA DE CONDICIÓN AGRADECIDÍSIMA.

He oído vuestros clamores: quien me amare hallará la vida, y cantará conmigo eternamente las misericordias del Señor. Oración, oración, y está asegurada, hijos míos, vuestra salvación.

A MI QUERIDA MADRE SANTA TERESA DE JESÚS,

EN EL DÍA DE SU FIESTA.

Catorce años ha te saludo, dulcísima Madre mía, en el día de tu fiesta, desde las páginas de esta *Revista*, que lleva esmaltado tu nombre en la portada.

¡Ojalá pueda felicitarte eternamente en el cielo, pronto, Amada mía, sin ver expuesto a perder la gracia de Dios y la felicidad eterna, pues ya sabes que mientras estamos en esta vida temporal corre peligro la eterna.

Nueva Débora te llamó el Papa Gregorio XV al colocarte en los altares. Nueva Débora te aclaman tus devotos y todos los siglos por tu fortaleza y por los alientos, que infundes a todos los trabajan por celar la honra del Dios *Sabaot*. Sin tu ayuda y protección, oh esforzada Débora, ¡cuántas veces hubiéramos desfallecido a la mitad del camino! Sin tu guía y tus lecciones, ¡cuántas veces hubiéramos errado!

Faro luminoso en mitad del mar proceloso de la vida, muestras con la luz segura el derrotero que conduce al puerto de la eterna dicha. Siempre combatida y siempre victoriosa, la virtud, hija del cielo, no tiene, como su divino Maestro, lugar donde reclinar la cabeza, sino se lo ofrecen los pechos sencillos o templados en la fragua de la tribulación.

Nueva Débora y capitana general de los ejércitos de Cristo vas delante con el ejemplo, y con tu palabra, tus escritos y tus virtudes infundes sobrenatural valor a los que combaten por la causa del Dios de los ejércitos. Que si el valor y el ejemplo convidan al seguimiento, mucha mayor eficacia tienen cuando son dados por una alma tan hermosa como es la de Teresa, por una alma que no desea, ni suspira, ni trabaja, ni se afana, ni vive, ni muere sino por Jesús, por su honra, que es la suya propia.

¡Oh excelsa e incomparable Heroína! Envía a tus devotos una gracia victoriosa de todas las resistencias a la gracia; una gracia que nos haga a ti semejantes, pues hoy más que nunca se necesitan almas reales, como tu decías, que mirando sólo a su Capitán Cristo Jesús, venzan los respetos humanos, y exclamen contigo y con el Apóstol de las

gentes: "Mi vivir es Cristo, y el morir mi ganancia. Lejos de mi el gloriarme si no fuere en la cruz de mi Señor Jesucristo".

Suscita, pues, amada Madre mía, en tu España especialmente, el espíritu de nobleza, dignidad y gallardía que tu en tan alto grado poseíste, y renovarás la faz de la tierra, desconocida por la vileza, indignidad y villanía. Es la gracia especial que te pide para este año nuevo para sí y para todos tus devotos, junto con el espíritu de oración, tu hijo y apasionado devoto,

El Solitario.

ARMÓNICA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Esta obra, escrita en verso por el P. Butrón y Muxica, de la Compañía de Jesús, consta de un abultado tomo, impreso en Madrid por Francisco del Hierro, en 1772. Está dividida en diez y ocho rasgos, en los que se cantan todas las glorias del Serafín del Carmelo en mil novecientas sesenta y una octavas reales.

El P. De la Reguera, maestro de matemáticas del Colegio imperial de Madrid, dice en abono de estas *Armonías*: "No tiene ya con este poema qué envidiar nuestra España a cuantos en Italia, fecunda madre de elocuentes Armonías, la han hermoseado y enriquecido; pues en la gala, dulzura, erudición, amenidad y consonancia, compite con los mejores de los poetas suyos al autor de esta obra; debiéndose contar sin duda entre los primeros favorecidos alumnos de las heroicas Musas." Nuestros lectores podrán juzgar, por las muestras que les damos, si es acertado este juicio.

Oficinas formaron penitentes
De armas varias a varias generaciones,
Y castigando amagos delincuentes
En música sonaban las pasiones:
Como en hierros y cuerdas diferentes
El arte, hiriendo las desproporciones,
Alterna el instrumento, armado en metro
El golpe, el dedo, el arco, el sople, el plectro:

En la contemplación Ángeles fueron;
Ángeles en pureza portentosa;
Ángeles, en que siempre obedecieron
La voz de su Ángel móvil luminosa;
Ángeles solo nunca ser quisieron
En una aflicción, y otra rigurosa,
Que en cuerpos de tan alta penitencia
No ser Ángeles fue más excelencia.

¿Diré que hizo de su honra defensora
Dios a la Santa, y que El con su grandeza
La de ella dejó siempre vencedora
Con una celestial y otra fineza?
De su honor la Deidad la hizo acreedora,
Y ella le guardó fe con tal firmeza,
Que aun muerta, al nupcial rito vigilante
La expresión de la oliva ostentó amante.

¿O de Cristo aquel tierno paralelo,
Que en contraposición de Magdalena,
De Teresa el amor prefirió en vuelo,
O un clavel igualó y una azucena?
A aquella amé en el mundo, a ti en el cielo,
Dijo su amante, por templar su pena;
Y si honré a tan hermosa penitente,
Mi amor no es de un efecto dependiente.

¿O aquel cuadro en que el sol miró divino
(Pura alma suya, en fin) representado,
Y por pincel de rasgo peregrino
Con tres Personas solo un ser copiado?
De su espíritu en lienzo cristalino
Se vio ella en Dios, y en ella Dios sellado
Como una luna, que otro espejo copia,
Se ve el cristal con cara ajena y propia.

¿O cuando salir vio rápidamente
De la custodia envuelto en vital grana
A Cristo tramontando y por la frente
La más aguda sinrazón tirana?
Copia de leve rojo mar hiriente,
Que en borrascosa cólera inhumana
Alto, áspero, feroz, corvado abismo
Tregar osó (qué horror!) sobre Dios mismo.

Cabezas de la Iglesia escandalosas,
Dijo Cristo que juncos le añadían,
Siendo en su pecho lanzas horrorosas
Las que espinas sus sienas guarnecían.
Cabeza y corazón, culpas monstruosas
(Político desorden) combatían:
Que en el gobierno nunca hizo extrañeza
Ser mal de corazón, mal de cabeza.

Fatigado también su compañero,
Pretendió huir en contradicción tanta,
Pero quiso esperar a ver primero
El fin de una promesa de la Santa:
Porque entre tanto laberinto fiero
De político mar revuelto, cuanta
Duración señaló a sus agonías,
Estrechó al corto espacio de ocho días.

¿Qué temores son estos, Padre mío,
Dijo la Santa con suave queja,
Cuando yo en Dios firme confío,
Vos queréis iros, y Gracián nos deja!
Mas que fuga parece esto desvío,
Uno cede cobarde, otro se aleja,
Pero ha de ser (y no tengáis recelo)
Por menos de hombre, triunfo más de cielo.

Y pregunto yo (oh Madre), ¿era mucho,
Que yo vacile, dijo el carmelita,
Cuando en este sistema sólo escucho
De émulos contra vos turba infinita?
Terribles son las dudas con que lucho,
Viendo una tempestad tan exquisita,
Donde mitra, el pueblo, el regimiento,
Las olas rompen contra el firmamento.

¿Qué importa que las ondas se rebelen,
Dijo Teresa, y que los vientos bramen,
Que las tormentas hasta el cielo vuelen,
A las nubes cargando otro gravamen?
¿Las piedades de Dios salvar no suelen
Del navío el más trémulo velamen,

Poniendo con imperio soberano
El pie en la espuma, en el bajel la mano?

¡Oh esfuerzo de Teresa! ¡oh gran constancia!
(Ella lo dijo estando ya en el cielo),
Que a ponderar su afán y tolerancia
Matizó el aire con floreciente vuelo,
Esta, dijo, penosa, sacra estancia,
Fue origen de mi muerte con mi anhelo;
Este postrer convento es mi querido,
Mi hermoso Benjamín para mí ha sido

¿En dineros reparas? Dijo Cristo,
Prosigue, esposa mía, que a tu celo
Con mi poder y con mi amor asisto;
No en mi opulencia puede haber recelo.
Hasta hoy sólo finezas mías has visto,
Todo me lo merece tu desvelo;
Tu pobreza ejemplar se satisfaga,
Pues compras cielo, y es polvo la paga.

Enamorada de su dulce Amante,
Que entre nevadas sombras vio cercano,
Abrasada al imán corrió anhelante
Sin turbarla el objeto soberano.
Y cual sol que a aurora alma espirante
Despliega en las primicias del verano
Por dejar ya su incendio satisfecho,
Clavel divino en voces abrió el pecho.

Reconocida estoy, ¡oh Esposo mío!
Dijo, de tanta tierna alta fineza
Y de que sólo vuestro poderío
Me dio en tantos riesgos fortaleza:
Vos solo contuvisteis mi albedrío,
Para no hacerse hielo mi tibieza,
Y en mi yo debía juzgar pecado,
Lo que a no ser por Vos hubiera errado.

Este espíritu mío que os adora,
Y por vuestro invariable estatuto
Debo ceder, a Vos entrega ahora;
Logre Señor, de vuestra sangre el fruto:
La mano va a besar que fue su autora;
Recíbidle agradable por tributo,
No por ser mío (¡oh Dios omnipotente!)
Por ser hechura vuestra solamente

¿Qué corazón hubierais Vos honrado
Con número de dichas tan crecido,
Que no hubiera mejor desempeñado
El punto noble de favorecido?
A infinitos auxilios que he logrado,
Sólo por ruin lo grande he competido;
Que siendo inmenso lo que a Vos seos debe,
Mi amor ha sido inmensamente breve.

Si os enamora un corazón contrito,
Contrito el mío está y presuntuoso;
Prolongado a la esfera de infinito,

Aun entre angustias de defectuoso:
Por dictamen amante, aunque exquisito,
De su nada se ve vanaglorioso,
Que porque crezca más vuestra grandeza,
Altivo está de ver bien su bajeza.

Hija soy de la Iglesia, en ella muero;
Pero no digo bien, en ella vivo;
El cielo por sus méritos espero;
Digna me haced de bien tan excelso!
De la Iglesia soy, timbre el primero
Y también el postrero que recibo;
Sea mi asilo, aun cuando de ella salga;
Pues de la Iglesia soy, Ella me valga.

De un parasismo sospecha el mundo
(Error vulgar) que estaba poseída;
Y era un claro que abrió en raptó profundo
La muerte entre el espíritu y la vida,
Proemio al feliz éxtasis segundo
Donde el alma a nueva al se halló unida,
Que aquel sereno, mudo arrobamiento,
Empezó por no ser, y acabó aliento.

A los remedios se ofreció horrorosos
Que en vano el arte al riesgo prevenía,
Y aún sabiendo con ciega valentía.
Los que experimentaba más penosos
Con más esforzado ánimo sufría,
Con ellos no aprovechaban al hacellos,
Mas su virtud se aprovechaba de ellos.

Poco antes que el Cenit sellara
Supremo luminar, Teresa hermosa,
Ordenó el cielo que vocal sonara
Donde después murió queja amorosa,
Para que al fallecer se declarara,
Que fue siempre del orbe alma fogosa,
Y arrancándose de él de ansia oprimido
Dio el mundo amante aquel dulce gemido.

Vieras allí un ejercito ruidoso
Espíritus sin orden conmovidos,
Del convento sellando el seno umbroso
Ropas de nieve y resplandor vestidos,
Luto blanco del cuarto signo hermoso,
Colores olvidando denegridos;
Que cortesana fue admiración del cielo
Nieve solemnizar sombra del hielo.

De Ángeles y de Mártires poblado
Se vio, sin verse ahogado aquel distrito,
Y a fuerza de grandezas abreviado
Creció en las estrecheces lo infinito.
Cristo enfrente con rostro enamorado
No alentándola a aquel mortal conflicto;
Por dar, sí, mayor luz a escena tanta,
Espejo se miraba de la Santa.

A su ocaso feliz sino a su Oriente

La Deidad tanto al lecho asistir quiso,
Y anegado en luz y ámbar el ambiente
Dejó el cuarto trocado en Paraíso.
Razón de estado fue el estar presente
Y a una en su noble corazón preciso,
Porque le robó el alma, alma tan bella,
Y aún no quiso aquel tiempo estar sin ella.

Vamos, Señor, Teresa repetía,
Viendo tan cerca su divino Dueño:
Esa piedad a la bajeza mía
Gloria es ya en ademán tan halagüeño.
Mi alma aquí de lo humano se desvía
Mi muerte veo ya, pero sin ceño:
Luna yo humana, sol Vos de favores,
Mi eclipse adoro en vuestros resplandores.

Oh Teresa feliz, llegó la hora
En que ya de tormentos redimida,
Subes a esfera donde vencedora
Con corona inmortal reina la vida.
Ya depondrá la envidia desde ahora
La rabia de alta mar entumecida:
Libre estarás de que con impío vuelo
Espumoso gigante asalte el cielo.

O fue que en el arrullo postrimero
A Teresa arrobada en triunfo tanto,
Amor más alto ya, numen ligero
El espíritu, el labio selló santo:
Y en muestras del amor más verdadero,
A aquel vocal clavel, que fue su encanto,
Estando para el cielo de partida,
Franqueó un casto favor por despedida.

Pero allí miró centelleando horrores
Del abismo confusas las hileras,
Negras sordinas, negros atambores,
Y sombras arrastrando por banderas;
Todo noches la rabia, los clamores
Turbando mundos, piélagos y esferas:
Tal fue el estruendo de su voz altiva,
Que al vaivén puso el cielo más arriba.

Tronó Luzbel, y al estallido horrendo,
Un polo y otro el bultro demudado,
Palpitaron violentos, confundiendo
El giro de ambos orbes prolongado:
El corazón del día iba perdiendo,
Pálido, el ejercicio acostumbrado,
Y con desmayo vil intercadente
Alentó desalientos solamente.

¿Teresa libre ya de mis rencores?
¿Teresa a la gloria ya remontada?
¿Dejar hoy sus laureles vencedores,
La redondez del mundo ya coronada?
¿Y no os movéis, espíritus traidores,
A rabia, a indignación desesperada?
Caiga deshecho ya a mi caos profundo

La esfera en humo, en átomos el mundo.

A la ostentosa entrada de la gloria,
De iris un semicírculo florido,
Arco real, compendio de su historia,
Triunfo de su esplendor fue esclarecido:
Donde se vio por inmortal memoria
Argumentos de asombro construido;
De las virtudes todas animado,
Que ella al mundo mostró en sublime grado.

De Ángeles y Arcángeles seguía
Ejercito triunfal su hermoso vuelo;
De Anacoretas noble escuadra abría
Paso a la mayor gloria del Carmelo;
De Vírgenes alegre compañía
La honraba, y en prudente grave celo,
De Patriarcas gremio respetuoso,
El triunfo autorizaba luminosos

Sobre una nube de oro salpicada,
Con elevada majestad serena,
Una y otra selló mano sagrada,
Nevada pluma, Virgen azucena:
Maestra de ambos orbes laureada,
Se ve en la etérea ya triunfante escena,
Con un cerco a su sol, si no fue zona,
Que borla quiso ser, y fue corona.

Del Padre eterno al trono soberano
Con risueños semblantes le ofrecieron,
Y el más divino cuanto más humano,
Ufano admitió el don que le rindieron:
Clarines, arpas, no ya al aire vano,
A esferas de cristal música dieron,
Cantando en numerosas suavidades:
Triunfe Teresa por eternidades.

Viva Teresa aromas dio fragante
Pero espirando fue más espirante
La suave fragancia de su aliento:
Espíritu añadió a la aura aspirante
En el más animoso desaliento:
¿Quién esperará ver (oculta en vida)
Tan modesta virtud tan esparcida?

Mas ¿qué hablo de milagros, si los mares,
Si el cielo en planta inmensa de luceros,
Si un mundo y otro a esfuerzos singulares
Fueron trompa a los siglos venideros?
Si de su nombre, si de sus altares,
Gracias que vencen los mortales fueros,
Del sol las luces, y el mar las rocas,
Queriéndolas copiar cifras son pocas.

Dejó escritos, ahogada de accidentes,
Libros diez tan sublimes, que su vuelo,
Si a las esferas trascendió lucientes,
Vecino de la tierra puso el cielo.
La cruz que a sus dicciones elocuentes

Principio dio, copia era de su anhelo,
Ellos diez, y ella en cruz significaba,
Que el número también cruz ocultaba.

Libros, que aclamación general fueron
De Religiones, de universidades,
De reyes, de tierras, que aplaudieron
Por milagrosas sus heroicidades:
Libros que aliento a un mundo y otro dieron
Siendo árbol de la vida a las edades,
Donde no hay hoja que para memoria
Un portento no penda por victoria

Sol de la descalcez, gloria de España,
Enigma de prodigios soberanos,
Que en cuanto Febo alumbraba y el mar baña,
La tierra descifrar osará en vano...
Serafín monja, fenix siempre extraña,
Que alma del celeste orbe y del humano,
De santa Madre el nombre conseguisteis,
Que a los dos globos Vos la vida disteis.

SANTA TERESA DE JESÚS

No se puede mirar en España a nuestro pasado sin que por todas partes encuentren los ojos motivo de santo orgullo a la vez que de vergüenza y confusión. Noble orgullo por lo que fuimos y por la raza de santos de que procedemos; confusión y vergüenza por lo que somos hoy día y por el espectáculo de nuestra degeneración presente.

Ambos sentimientos debe excitar en nosotros el nombre glorioso que en estos días ocupa con preferencia la pública atención.

¡Santa Teresa de Jesús! ¡La gran Doctora española! ¡La insigne reformadora del Carmelo! ¡La mujer sin igual en los tiempos modernos, gloria de su sexo, blasón de su patria, lumbrera clarísima de toda la cristiandad! ¿Quién en todo el mundo no ha oído hablar de ella? ¿Quién no sabe algo de sus libros? ¿Quién no recuerda alguna anécdota de su vida? ¿A quién no son familiares, como los refranes de nuestra tierra, algunos de sus dichos y sentencias?

Mujer fue pero valió por muchos hombres en aquel siglo de nuestra grandeza en que los hombres lo eran de veras. En sí reunió como en raro ejemplar las condiciones más características del pueblo español de su tiempo. A tres siglos de distancia ni la empequeñecen sucesos posteriores, ni la oscurece la lejanía, ni permite confundirse sus líneas vigorosas con las de ningún otro de sus contemporáneos. Destacarse como Santa en el siglo de san Ignacio, de san Francisco Javier, de san Pedro de Alcántara y de san Juan de la Cruz, gran santidad debe de ser. Sobresalir como escritora en la época de Fr. Luis de León, del venerable Granada, de Cervantes y de Lope de Vega, grandes letras serán Merecer renombre de ardida y emprendedora en el siglo que Hernán Cortés quemaba en Méjico naves, y los soldados españoles ganaban las batallas de San Quintín y de Lepanto, algún heroísmo descubre.

Hoy...ni ganamos batallas, ni escribimos libros que pasen las fronteras; en cambio tampoco tenemos Santos. Con el nivel de la fe ha descendido en nuestra desventurada nación el nivel de todas las cosas grandes y elevadas. Hay todavía en ella, es verdad, una gran masa fiel, compacta, refractaria e impermeable al moderno error; ejército que ha plantado su bandera en el siglo de santa Teresa y que en él tiene su ideal. Pero esta masa, últimos restos de la antigua nacionalidad española, vive desdeñosamente mirada y cordialmente aborrecida y frecuentemente ultrajada y eternamente combatida, hasta ¡dolor causa decirlo! Por muchos que blasonan de católicos y que encuentran ¡oh vergüenza! Que es un mal serlo demasiado o serlo con demasiada rigidez e intolerancia, o serlo sin ninguna concesión ni condescendencia con los malvados enemigos de la fe cristiana.

¡Oh! ¡Si como celebramos hoy la fiesta de la gloriosa Hija de Avila, fuera posible hacerla revivir en nuestra vida social, hacerla discurrir por nuestras calles y plazas, frecuentar nuestras casas, visitar nuestros templos, leer nuestros periódicos (!), dar su voto tan competente y tan autorizado en nuestros conflictos y divisiones! Ella que no vio anticatólicos en su patria, porque no era conocida entonces la gangrena que la corroe hoy, lamentábase de lo oía decir de Francia e Inglaterra, donde calvinistas y anglicanos derribaban templos, profanaban sagrarios, hacían cesar el divino Sacrificio, arrojaban de sus casas a las esposas del Señor. Veríase obligada a preguntar hoy con espanto en el corazón y con lágrimas en los ojos: "Pues qué, ¿han pasado los calvinistas de Francia nuestros Pirineos? ¿Han desembarcado en nuestras playas los anglicanos de Enrique VIII y de la feroz Isabel? ¿Quién ha demolido esos templos? ¿Quién ha dispersado esos religiosos y religiosas? ¿Quién ha tenido convertido en impúdico teatro (histórico) la casa en donde nació y que la piedad de mis amigos había convertido en capilla? ¿Quién ha hecho de ese jardín del Señor cuadro general de devastación y ruína? ¿Quién ha pervertido esa literatura antes tan ortodoxa? ¿Quién de ese pueblo, hijo predilecto de la fe, ha hecho enfurecida jauría de blasfemos demagogos y socialistas? ¿Quién a las antiguas fundaciones y piadosas mandas a favor de los pobres ha sustituido inicuos despojos legalizados con el nombre de desamortización?"

Y si al preguntar esto la Santa se le debiese responder sin disimulos la verdad, y decirle que no calvinistas franceses, ni ingleses cismáticos, ni sarracenos o moriscos, sino españoles bautizados, españoles de España, ¡Gran Dios! Aunque parezcan los miserables no tener nada común con ella, han causado estos desastres y prosiguen hoy en la infernal tarea de completarlos, y sólo anhelan borrar el nombre de Dios y de su Cristo de esta tierra de Santos para hacerla patrimonio del falso dios de la francmasonería, que es Satanás; si esto se dijese a la gran Doctora, como debería decirse para no mentir, ¿no es de presumir que sentiría Teresa de Jesús impulsos de maldecir esta tierra que fue de su amor, o por lo menos de mirarla como non populus meus, como raza degradada, indigna de ostentar los nobilísimos blasones de su nacionalidad?

¡Oh Santa gloriosa! ¡Oh española insigne! Esta es la España que ya no es vuestra España, porque ya no es la España de vuestra fe. ¡Es la España de vuestros enemigos... y de los nuestros! Mirad cómo la han puesto a la infeliz mentidos apóstoles de regeneración social, pérfidos, villanos, bastardos, indignos del hermoso nombre de españoles. No, porque no lo son legítimos los que tienen declarada guerra mortal a los que España siempre amó, a lo que heredó con lo más castizo de sus glorias, a lo que sostuvo diez y ocho siglos a costa de lo más puro de su sangre. No, no es esta la España; es la irrupción extranjera que ha usurpado el nombre de tal. No, no es España la que, oh Santa esclarecida, tan mal os habría que parecer. No son ellos la España verdadera; la verdadera España somos nosotros, y entre ellos y nosotros hay un abismo que jamás, jamás se llenará. Nosotros somos la España de la fe, la España de la sana tradición, la España que os canta, que os reza, que devotamente os implora, que busca en vuestros libros la inspiración de su conducta y en vuestros ejemplos la línea más segura de ella para no extraviarse ni prevaricar. Nosotros somos la España antigua, la España teresiana, la España del Papa, la España de Dios, la España que con la ardiente y tenaz protesta en los labios y el profundo gemido en el pecho, espera, espera, sí, sin vacilar en su esperanza, como esperó durante ocho siglos de cautiverio sarraceno, la hora de su nueva redención. Y cree en ella como cree en su Dios, y a pie firme y sin descanso trabaja para apresurar su momento feliz. Y en su indómita heredada y proverbial fiereza rechaza toda tregua, rehúsa todo pacto, abomina toda avenencia con aquellos a quienes es su único deber y su único anhelo combatir y vencer.

Esta España ¡Oh insigne Teresa de Jesús! Se va a postrar estos días al pie de vuestros altares, y suyas van a ser las más puras oraciones que allí recibiréis, suyas las ardorosas protestas, suyas las más varoniles resoluciones. Oídlas Vos, y pues podéis, presentadlas con vuestra eficaz recomendación ante quien puede y querrá en su infinita misericordia salvarnos.

¡Santa Teresa de Jesús, Patrona de la verdadera España, rogad por nosotros a Dios!

F. S. y S.

(Revista popular)

¡VIVA JESÚS Y SU TERESA!

Pasó el tiempo; al fin Teresa
La aurora del postrer día
Vio brillar,
En que, de la vida presa,
Lejos de su Bien debía
Suspirar.

Cada instante más cercano
Mirando la llama pura
Del amor,
Nunca la cárcel mundana,
Creyó tan triste y oscura
Su alma arder.

"Ven, clamaba, dulce muerte,
Pero ven tan escondida
De mi ser,
Que no te vea; que al verte,
Temo recobrar la vida
De placer.

Entre tanto, un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía a sus pies el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del amor.

Y ella, que ya las dulzuras
Percibía en esperanza
Del Edén,
"Amad, suspiró, almas puras,
Que solo amando se alcanza
Digno bien;

"Amad, y al fin, del divino
Amor la primera vislumbre
Viendo ya;
Bendeciréis el camino
Que os ha acercado a la cumbre
Donde está!".

Dijo, y al seno oprimía
Un trasunto que su encanto
Siempre fue.
Un crucifijo que había
Mil veces bañado el llanto
De su fe.

A la vista se inflamaba
Del simulacro, en su anhelo,
Su fervor,
Y, entre suspiros, le hablaba,
Con el lenguaje del cielo,
De su amor.

Contemplábala María
Con quien la unió en lazo fuerte
La amistad,
Y apartarla pretendía

De los brazos de la muerte
Su ansiedad.
Mas entonces de la estancia
Divino luciente coro
Voló allí,
Y entre nubes de fragancia
Batiendo sus alas de oro,
Dijo así:

"¡María, dulce María,
Cuya virtud altos coros
Cantan ya,
Teresa está en la agonía;
Mas si tu que viva quieres,
Vivirá!"

¡No, no, que espere, anhelante
Clamó al punto, aunque sin calma
Viva yo!
Y Teresa en este instante
Lanzó un suspiro del alma,
Y espiró.

Su vuelo alzando del mundo,
El trono de su almo Esposo
Llegó a ver;
Y en tanto, dulce y profundo
Era el nocturno reposo
Por doquier

Pura la luna esplendía,
Del manso lago miraba
Teresa el haz;
Y por la región vacía
Tranquilo el Ángel vagaba
De la paz.

ASPECTO PERSONAL Y CARÁCTER DE SANTA TERESA DE JESÚS

Omitimos el retrato que de nuestra Santa hace su confesor el P. Francisco de Rivera, por ser ya conocido de nuestros lectores.

El P. Nieremberg, en su *Vida de santa Teresa de Jesús*, reproduce el retrato hecho por el P. Rivera y después añade:

"En todo su semblante era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban era comúnmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar a los que la miraban."

El P. Gracián describe así el carácter de su confesada santa Teresa:

"Tenía hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella llevaba tras sí y la amaban y querían; Aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos creídos, con que se hacen a sí mismos y a la perfección aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenía hermosea con las diez virtudes heroicas, partes y caminos de la perfección que decíamos

D. Vicente Lafuente expone así el carácter de la Santa en la página XIII de los Preliminares al tomo LIII de la edición de Autores clásicos, por Rivadeneira:

"El carácter de santa Teresa no era melancólico, ni aún siquiera propenso a la tristeza, antes sí jovial y alegre. En tal concepto, hasta se le atribuyen con frecuencia dichos agudos y chistes, algunos de ellos no solamente apócrifos, sino pocos adecuados a la gran humildad de su carácter. Los que se encuentran en sus escritos son espontáneos y altamente oportunos: viértelos con la mayor naturalidad y sencillez, no por hacer reír a costa de otro, cosa impropia de su gravedad y caridad profunda, sino porque los consigna la pluma tal cual se presenta a su imaginación inocente, al par que lozana. Estos pasajes se echan de ver en el libro de las Fundaciones y aún más en las Cartas. A veces traza también curiosas descripciones con rasgos sumamente concisos, pero muy oportunos..."

Según otros escritores contemporáneos y biógrafos, era la Santa de genio alegre, jovial y ocurrente. Cuéntase, según ha publicado La Baronesa de Zurguen, que pasando por Medina del Campo en una de sus muchas expediciones con San Juan de la Cruz, los chicos traviesos de la villa decíanles a la monja y al fraile chistes y cosas tales que llegaron a ruborizar al bendito san Juan, y que su compañera, serena y risueña, volviéndose a él le dijo: "No se avergüenza la dama, y se avergüenza el galán."

Santa Teresa, cuando hablaba de san Juan de la Cruz, solía llamarle medio fraile por su pequeña estatura.

Es tradición que, suscitadas ciertas desavenencias por la princesa de Évoli sobre la fundación del convento para e que ésta dio la casa, en un arranque de ligereza dijo la Princesa a la Santa. "Pues bien, en todo caso la casa es mía, y dispongo y mando en ella." A lo que contestó la Santa: "Pues bien, en todo caso V. se quedará con su casa, y yo me llevaré las monjas;" y en efecto se las llevó.

De estos hechos relativos al genio o carácter familiar de santa Teresa, independiente su espíritu elevado y místico, dan testimonio algunos escritores. Muchas anécdotas se refieren de santa Teresa en que aparece su gracejo, su imaginación, pero no las creemos autorizadas.

El retrato moral de santa Teresa se refleja en todas sus obras y en todas sus cartas, especialmente en estas últimas, escritas con esa sublime sencillez y espontaneidad que nacen de su alma, cuyos actos y pensamientos todos eran inspirados por el amor a Dios y dirigidos a su santa gloria. El mayor elogio que puede hacerse de esas cartas, escritas sin presumir que habían de pasar por todas las censuras, y publicadas y traducidas a todos los idiomas de Europa; El mayor elogio que puede hacerse de esas cartas es que no hay una idea ni una frase que no sea digna de su santidad. Esas cartas y en las obras de santa Teresa está, como ahora se dice, perfectamente fotografiada por sí misma.

LA PALOMA DEL CARMELO¹

ESCENA V.

ISABEL Y ELENA, *inclinadas sobre sus bastidores*.- Sor MARÍA

Sor MARÍA Gracias a Dios, que he podido
 Acabar con tal mareo!
 Sólo, hijas mías, deseo
 Vivir oculta en mi nido,
 Y no es posible a menudo.
 (transición)
 Por veros llevaba prisa.

¹ Este dramita teresiano, obra del Rdo. D. Juan B. Altés, Pbr., tan conocido ya de los lectores de la *Revista teresiana*, abraza uno de los períodos más interesantes de la vida del Sarafín del Carmelo. En el próximo número daremos más detalles, y se halla en venta en esta Administración

¿Qué tal, hijas? ¿Y Teresa?
 ¿Dónde está?
 ELENA Acabó el escudo
 Y la cenefa de flores.

Sor MARÍA ¿Todo?
 ELENA Todo lo acabó
 Y hace poco que salió
 En busca de otras labores.

Sor MARÍA Casi a creer me resisto
 Aplicación semejante.

ELENA Verá usted cosa elegante
 ISABEL Más hermosa no la he visto

Sor MARÍA ¡Jesús, qué niña!
 ELENA Al entrar
 La encontré ya trabajando.
 ¿Qué digo yo? Descansando
 estaba después de dar
 ella la postrer puntada.

Sor MARÍA ¡Quién lo creyera!
 ISABEL Sin duda
 Su Ángel custodio la ayuda;
 Y, es claro...

ELENA No es extraño nada.
 Porque tenemos en ella
 Mucho, Isabel, que aprender.
 ¡Con cuánto gusto ha de ver
 el cielo un alma tan bella!

Sor MARÍA Es buena, la pobrecita;
 Y bendecidas tentaciones
 Obtiene preciosos dones,
 De la piedad infinita.
 Generoso es por demás
 Nuestro Señor, hijas mías,
 Y en amorosas porfías
 Nunca se queda detrás.
 A mi ver lo que en Teresa
 Más el Señor enamora,
 Lo que la hace vencedora
 En espiritual empresa,
 Es su corazón no estrecho
 Rebosando gratitud;
 Fuente es de toda virtud
 El agradecido pecho.
 Nunca el donante se olvida
 De quien sabe agradecer,
 Y a todos causa placer
 Alma que es agradecida.

ELENA ¿Y por eso ella merece
 Ser amada con exceso
 De todo el mundo?

Sor MARÍA Por eso,
 Porque todo lo agradece.

ISABEL (*aparte*) No hablara así don Gonzalo).

ELENA ¡Qué niña! Cual Ángel bueno
 Me inspira amor a lo bueno
 Y horror inmenso a lo malo.

Sor MARÍA La verdadera amistad
 Lleva a Dios y en Él estriba

ELENA Nunca, por mucho que viva,

ISABEL Podré olvidar su bondad.
 ¿Sólo de ella has de acordarte?
 ¿Y de la Madre? ¿Y de mí?
 ELENA Ahora no se habla de ti.
 Cuida sólo...
 Sor MARÍA De enmendarte
 Porque, hija mía, repara
 Que Dios lo ve y lo sabe todo;
 Por lo cual obra de modo
 Que Dios note lo eche en cara.
 ¡Qué dicha será la mía
 si las que aquí nos amamos
 en el cielo nos juntamos!
 ELENA ¿Y por que no, sor María?
 Sor MARÍA ¡Qué dicha la mía, brillar allí
 Puras, lucientes y bellas
 Cual celestiales estrellas
 ELENA ¿Cómo estrellas, Madre?
 Sor MARÍA Sí.
 Pasarán siglos y edades
 Y su luz no apagarán;
 A su lado rodarán
 Perpetuas eternidades;
 Y siempre, siempre...
 ISABEL Me gusta
 El parecer a una estrella.
 Sor MARÍA Pues si quieres ser cual ella
 Empieza a ser alma justa.
 ¿Qué digo yo? Acá en el suelo
 el alma que es inocente
 es ya estrella refulgente
 antes de subir al cielo.
 Escuchad. Durante el sueño,
 Una noche yo advertí
 Que descendía hasta mí
 Una estrella.
 ISABEL ¡Hermoso sueño!
 ELENA ¿Acaso fue una visión?
 Sor MARÍA No lo sé. La luz aquella
 vino a entrar como centella
 dentro de mi corazón.
 ELENA Este caso me interesa
 ¿Cuándo fue eso, sor María?
 Sor MARÍA La noche del mismo día
 En que vino aquí Teresa.
 ISABEL ¡Cosa extraña!
 ELENA ¡Prodigiosa!
 No hay duda: usted no soñó;
 De Teresa el alma vio.
 ¿Hay estrella más hermosa?
 Sor MARÍA Callad. ¡Ya decía yo
 Que mucho tardaba! ¿Niña? *(llamando)*
 TERESA *(Apareciendo con la labor en la mano)*
 Por Dios, Madre, no me riña.
 Sor MARÍA ¿Reñirte, hija mía? No.

ESCENA VI

ISABEL.- ELENA.- SOR MARÍA.- TERESA

Sor ISABEL Vamos, siéntate a mi lado.
 ISABEL (*Con despecho*) ¡Siempre lo mismo!
 Sor MARÍA Porque...
 ¿Te piensas que no lo se?
 ELENA Lo tiene muy bien ganado.
 TERESA (*Aún de pie*) ¡Dios mío! Tanta bondad
 Me confunde, amada Madre
 ELENA Aunque a tu humildad no cuadre...
 TERESA ¡Si aún no se qué es humildad!
 Sor MARÍA Si sabes obedecer,
 Sabrás mucho y sin trabajo;
 Que la obediencia es atajo
 Para muy pronto obtener
 Toda virtud. ¡ Cuántas
 Almas sólo obedeciendo
 Fueron subiendo, subiendo
 Hasta llegar a ser santas!
 A ver, pues, cuál de vosotras
 También lo alcanza.
 ISABEL Es ya tarde.
 Sor MARÍA Lo es para el alma cobarde
 ELENA ¿Pero ser santas nosotras?
 Sor MARÍA Pues sabed que el otro día
 Uno de los caballeros
 Que aquí vinieron a veros.
 Dijo...
 ISABEL ¿Lo qué?
 Sor MARÍA Que sería
 Una de vosotras santa.
 TERESA (*Con naturalidad y profundo gozo*).
 ¡Qué dicha! ¿Si seré yo?
 Sor MARÍA Tan formal lo aseguró,
 Y su gravedad fue tanta,
 Que...
 ISABEL (*Sonriendo con aire de incredulidad*)
 ¡Grandísima sorpresa
 si fuera yo la escogida!
 Sor MARÍA (*Con severidad*). Para salir en seguida
 E ir a la Madre Abadesa,
 Que esto y...lo otro te dirá.
 Marcha, deja la labor.
 ISABEL (*Ap*) ¡Qué pesadez!) Voy corriendo. (*Váse*)

ESCENA VII

Sor MARÍA.- TERESA.- ELENA

Sor MARÍA ¿Cuándo se irá corrigiendo
 Esa niña? Yo no se
 Como no se ha despedido.
 ELENA Sin duda se habrá sabido...
 Sor MARÍA Todo descubierto fue.
 ELENA (*Ap*). ¡Pobre Teresa! ¡Y qué lazos
 Se tendieron a su alma!
 Es invidiable tu calma,
 Teresa mía.

TERESA En los brazos
 De Jesús descanso, Elena.

ELENA Ya es hora de que en los cielos,
 Tras vientos, nubes y hielos
 Brille la estación serena.
 Pasó el invierno, querida,
 Como dice allá el Esposo.

Sor MARÍA Mas alerta, que el reposo
 Puede cesar en seguida.
 Sosiégate, sin embargo;
 porque, si es justo el Señor,
 y no es corto en su rigor,
 en compasión es más largo.

TERESA Gozo de tranquilidad:
 Pido a Jesús solamente
 Que a ilustrar venga mi mente
 Para hacer su voluntad.
 Del mundo frívolo y necio
 ¿qué es lo que me importa mi?
 Como bien le conocí
 Me inspira sólo desprecio.
 Ser de Dios, pertenecerle
 En cuerpo y alma, esto ansío.

Sor MARÍA A Jesús, Esposo mío,
 Así debes pertenecerle.

TERESA Está bien. Mas ¡ay! Que apenas
 Me resuelvo a abandonar
 La causa de mi penar.
 Aún estimo las cadenas
 De mundana esclavitud.

Sor MARÍA Espera, ten confianza,
 Que Dios vendrá sin tardanza
 A esforzar más tu virtud.

ELENA (Ap). (Tan grande fuese la mía!
 Eso le pido yo al cielo)

TERESA Es que inexplicable anhelo
 Me persigue todo el día.
 Sólo de Dios quiero ser,
 Y sin embargo, allá...lejos...
 No se qué vagos reflejos
 Me acobardan sin querer.

Sor MARÍA Son del mundo los vapores
 Que a tu vista al cielo engañan
 Fingiendo abismos de horrores.
 Lo mismo, igual pasé yo.
 (Recordando). (Dios mío, qué nube aquella!
 Mas luego la oculta estrella
 De mi vocación brilló.
 Fue entonces que mis oídos
 Esto oyeron asombrados:
 "Son muchos , sí, los llamados,
 y pocos los escogidos."
 El Señor, que es justo y fiel,
 ¡qué premio habrá y qué corona
 para aquel que lo abandona
 todo por servir a El!

ELENA ¡Ay madre! Calle por Dios,
 Que su acento de bondad
 Me daña, pero.. es verdad...

TERESA nos hace bien a las dos

ALOCUCIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

**A LAS MONJAS DE LA ENCARNACIÓN DE AVILA CUANDO HABIENDO
RENUNCIADO A LA REGLA MITIGADA FUE A SER PRELADA EN AQUEL
CONVENTO, AÑO DE 1571**

Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo.

Háme dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque a vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora tal, que haría harto si acertase a aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene.

Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere, y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reforzarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De toda é de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para que vuestras mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que, aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es, que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y deseo.

ALOCUCIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

A LAS MONJAS DE ALBA POCO ANTES DE MORIR

Hijas y Señoras mías: perdonenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan a sus superiores.

ROMANCE DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

El cedro hermoso que un día
Con su penetrante vista
Vio en el Carmelo plantado
El divino lince Elías,
 Su copa hermosa levanta
Hasta las estrellas mismas
Y allá en su cumbre la adoran
Las errantes y las hijas.
 Las ramas a cuya sombra
Mil bellas aves se crían
Con gran triunfo se dilatan
Desde España hasta las indias.
 Hoy que se planta en el suelo
Sus glorias se multiplican
Con himnos de regocijos,
Con cánticos de alegría.
 Y el Sol que da luz al sol
Hiere sus hojas divinas

Con luz tan hermosa y pura,
Que como topacios brillan.
 Y al fin las aves del cielo
Con alas de oro de tibar
Vuelan siempre al derredor
De sus ramas extendidas.
 Este cedro levantado
Que tanto el cielo sublima,
esta planta del Carmelo
tan rara y peregrina,
 Y este símbolo divino
Que encierra sus maravillas
Sólo al nombre de Teresa
Se consagra y se dedica.
 Y ella solamente de él
Es merecedora y digna,
Porque del Carmelo al monte
Se retiró desde niña.

Donde como cedro hermosos
Creció en virtudes divinas,
Tanto que fue un Serafín
En caridad encendida.

Dios puso en ella los ojos,
Y tal fuego en ella inspira
Que de su amor soberano
Se abrasaba en llamas vivas.

En éxtasis a los cielos
Fue arrebatada y subida,
Donde casi la perdieron
Aun los Ángeles de vista.

En contemplaciones altas
Ocupó toda su vida,
Sin apartarse un momento
De su obligación precisa.

Tuvo don de fortaleza,
De castidad pura y limpia,
De prudencia, de oración,
De humildad, de profecía.

Escribió infinitos libros
De diferentes doctrinas
Donde de todas las almas
El bien se remata y cifra.

La fama de sus grandezas
Fue plata acendrada y fina
Que quedó más apurada
En el crisol de la envidia.

Fue perseguida y sacó
Del bien de ser perseguida
Que la consolase Dios
Con regalos y caricias.

Y le dijese en abono
de su persona ofendida:
Vuelve, hija, por mi honor,
Y de mí el tuyo confía.

Como parra que en el olmo
Está siempre entretejida
De las dulzuras del cielo
Gustó el regalado almibar.

Fue siempre devota humilde
De la Virgen sin mancilla,
Cuya boca soberana
La llamó mil veces hija.

Del gran Patriarca José
Fue lo mismo, y tuvo dicha
En que alcanzó por su medio
Glorias del cielo infinitas.

Reformó la Religión
Del Carmelo tan antigua,
Y fundó muchos conventos
De Descalzas Carmelitas.

Y después que como cedro
Bajo su sombra divina
Tantas aves alcanzaran
Nido, albergue y acogida,

Fue trasplantada en el cielo,
Donde llena de alegría,
de los amigos de Dios
Vio la dichosa Familia.

Murió en Alba, que Dios quiso
Dar fin a su santa vida
En Alba para mostrar
Que estaba cerca su día.

ORACIÓN DE SANTA TERESA

Dios mío, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ámeos yo, tesoro único y cumplida gloria mía sobre todo lo criado, y a mí en Vos, por Vos y para Vos y a mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas como quiero que lleven las mías, y a todo lo que fuera de Vos, sólo en cuanto me ayudare a ir a Vos, gozándome como me gozo de que me améis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros Ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo, y visto a la clara, y los justos en esta vida conocidos por hombres de fe, teniéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su afición y amor. Y quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores del mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo que ayudar a que lo hagan ansí.